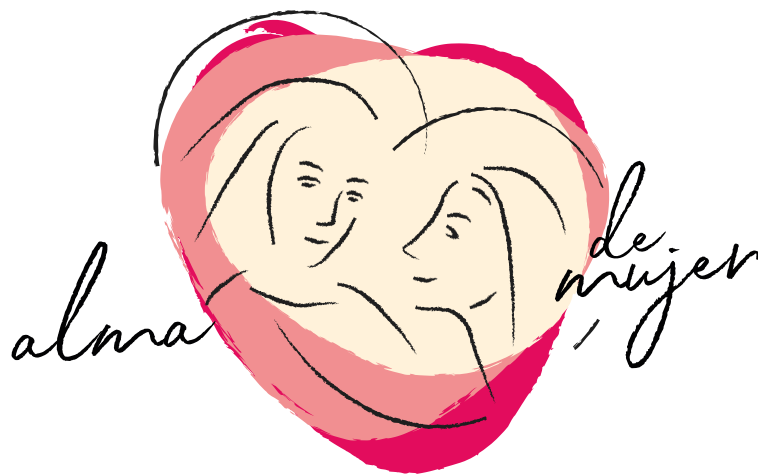


LA INMACULADA CONCEPCIÓN
FRANCISCO RIZI





Proyecto Ein Karem

Archidiócesis de Toledo

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

FRANCISCO RIZI

Presidiendo el altar mayor del convento de religiosas agustinas titulado de la Inmaculada Concepción de María Santísima de Toledo, conocidas como Gaitanas, se encuentra esta obra maestra: La Inmaculada Concepción, pintada por Francisco Rizzi, pintor del rey de las Españas, Carlos II, según gusta titularse en la firma que aparece bien visible en la parte baja del lienzo.

Fecha en 1680, en un momento de plena madurez y dominio de la pincelada y el color, supone el mayor y más complejo empeño del barroco en torno a la Inmaculada.

El origen de esta comunidad lo encontramos en la familia de beatas llamadas de Sancta Mater Dei. Habían sido fundadas a finales del siglo XV por Doña Guiomar de Meneses, viuda de don Lope Gaitán, portero mayor del rey en el reino de Toledo, por lo que muy pronto recibieron el popular nombre de gaitanas.

Después la Iglesia fue fundada por Alonso de la Palma y su mujer Francisca de la Palma. Todavía nos sobrecoge conocer el amor que este matrimonio se profe-

só durante la vida y que manifiesta la inscripción de su tumba en el presbiterio: “Yacen en este sepulcro juntos, aún después de su muerte, esposos amantísimos, iguales entre sí por su piedad y nobleza, espléndidos fundadores de este religioso templo y muy dadivosos para los pobres; extremadamente devotos, nadie se oponga a su voluntad.”

Fruto del amor a Dios, y a su Santa Madre, es este lugar lleno de belleza que se nos ofrece como una cascada de luz y color para honrar y dar gloria a la Madre de Dios, concebida sin pecado.

Nos introducimos en este inmenso bosque de figuras de la mano de San Agustín, grandioso personaje que situado en el ángulo izquierdo de la parte baja, vestido con el hábito de la orden agustina de estameña negra y rica capa pluvial, ha dejado a un lado en el suelo la mitra de seda blanca ornamentada con perlas y ribetes dorados y el báculo de obispo de Hipona.

Extasiado ante la visión, se arrodilla en señal de humildad y reverencia. Sobre su mano izquierda se apoya el corazón en llamas traspasado de flechas, emblema de la orden agustina, en relación con el corazón de Agustín apasionado e inquieto por la búsqueda de la verdad, inflamado por el amor de Dios, fuego ardiente atravesado por tres flechas, imagen de la Trinidad, tan buscada y venerada por él.

En su mano derecha sostiene la pluma con la que acaba de escribir el texto que exhibe en el enorme libro abierto. Se trata de un fragmento en latín del capítulo 36 de su tratado acerca De la Naturaleza y De la Gracia y que traducido al castellano afirma: “Exceptuada, pues, la Santa Virgen María, acerca de la cual, por el honor debido al Señor, nada quiero plantear cuando de pecados se trata, porque sabemos que a ella le fue concedida más gracia para vencerlos por todas sus partes pues concibió y parió al que no tuvo pecado alguno.”

San Agustín, el doctor de la gracia, cuya necesidad y eficacia defiende como nadie, declara la ausencia de pecados personales en María. Sin embargo, su afirmación es tan universal que, sin pretenderlo de un modo explícito, está excluyendo a María de haber heredado el pecado original. Y todo “por el honor debido al Señor”.

Este texto había sido utilizado por todos los inmaculistas o defensores de la Inmaculada Concepción de María a lo largo de la historia. El Concilio de Trento en el siglo XVI, aunque no define el dogma como tal, sí que se propone la tesis inmaculista. Finalmente el beato papa Pío IX publicó el 8 de diciembre de 1854 la bula Ineffabilis Deus en la que justificó y promulgó la solemne definición del dogma

mariano.

Puesto que ha sido elegida antes de su nacimiento, y su alma concebida antes de la creación del mundo, antes que Eva pecase, por tanto sin mancha, rodeada de virtudes, en la eternidad, es representada como mujer de edad muy joven que desciende del cielo a la tierra para redimir la falta de Eva.

En esta época tan avanzada del barroco español la iconografía ha decidido suprimir los tradicionales símbolos que hacían alusión a los atributos de María, extraídos de las letanías lauretanas, el Cantar de los Cantares y el Apocalipsis: elegida como el sol, bella como la luna, estrella del mar, huerto cerrado, fuente de los jardines, pozo de agua viva, cedro del Líbano, olivo perfumado, lirio entre espinas, rosal plantado, torre de David, puerta del cielo, ciudad de Dios. Ha desaparecido el creciente lunar y la serpiente de debajo de sus pies. Únicamente queda el espejo sin mancha o de justicia, que traen presurosos un grupo de ángeles niños bajo la capa levantada de Dios Padre, y la corona de doce estrellas en la que algunos encuentran la imagen de las doce tribus de Israel.

María viste una ampulosa túnica blanca que cubre con un manto azul. Atrás quedó la mujer vestida de sol, descrita en el capítulo 12 del Apocalipsis, que se representaba rodeada de rayos y claro está, con las vestiduras encendidas de color rojo. Las visiones de Santa Beatriz de Silva en este punto han sido definitivas: María Inmaculada viste un manto azul celeste, éste será el color de las concepcionistas, fundación cuya primera casa se situará en Toledo a pocos metros de esta capilla.

María dotada de un rostro de singular belleza, con largos cabellos castaños que caen rizados sobre sus hombros, se adorna con un broche decorado con el relieve de un querubín sobre tres piedras preciosas de tono rojo. Mientras su mano derecha se extiende con la palma abierta hacia arriba atenta a la gracia y a la misión del Padre, su mano izquierda se recoge en el pecho, en un gesto de aceptación voluntaria y gozosa de tan singular predestinación. Con la pincelada vibrante, nerviosa, llena de vida, ha conseguido trazar una poderosa figura que domina toda la composición, a la vez que la ordena y jerarquiza.

Sobre ella es novedosísima la presencia de la Trinidad al completo, incluido el Hijo, ese niño rubio y sonrosado de carnes desnudas, generosas y nacaradas cubiertas por velo rosa, envuelto en pincelas de luz refulgente y que hace presente al Verbo eterno, la segunda persona de la Santísima Trinidad que habrá de encarnarse en su seno. El niño abre sus brazos mientras mira fijamente a su Madre, asistiendo

gozoso al primer instante de su concepción. Por la forma de componer, situando a las figuras trinitarias junto a María, frente a ella y prácticamente envolviéndola, diríase que la Virgen está guardada en el seno de la Trinidad.

Dios Padre es presentado como anciano, según antigua iconografía tomada de la visión del profeta Daniel que lo describe con vestiduras blancas como la nieve y como lana limpia los cabellos de su cabeza. Con rostro longevo de luengas barbas y gesto adusto, va tocado por un nimbo en forma de triángulo equilátero, figura geométrica asociada a la Divinidad Trinitaria. En su mano izquierda lleva el globo rematado por cruz, imagen del mundo creado y redimido, mientras que con la derecha hace posar un lujoso cetro de oro rematado por piedra cristalina sobre la cabeza de María, expresando así su divina elección. Junto al Padre y al Hijo se encuentra el Espíritu Santo en forma de paloma, que a la vez derrama sobre la cabeza de la Virgen, siete lenguas de fuego, representación de los siete dones del Espíritu Santo que Isaías profetizó se posarían sobre el retoño que brota del tronco de Jesús.

María es la virgen - vara del tronco de la que nacerá Cristo. Por eso está llena del Espíritu Santo con sus siete dones: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

Continuando nuestro recorrido por el lateral izquierdo de forma ascendente, como si de un retablo se tratase, encontramos detrás de San Agustín, en pie a los padres de la Virgen: Joaquín y Ana, arrobados ante la gloriosa imagen de la que será su hija por generación humana. Ancianos, envueltos en túnicas de color oscuro, alzan los brazos entregados a su criatura, admirados de tantos honores como tiene reservados. Tras ellos se adivina la silueta de una visión celeste: la escala de Jacob, por la que suben y bajan ángeles envueltos en luz dorada. María es considerada como esta escala, imagen de la unión entre el cielo y la tierra, puente entre Dios y los hombres, entre lo divino y lo humano, entre las criaturas como ella, y el Creador.

Una multitud de ángeles inunda todo el espacio celeste. Ángeles de todas las edades y categorías que son el eco lejano de aquellas cinco jerarquías citadas por san Pablo, y aumentadas hasta nueve coros angélicos por el pseudo Dionisio Areopagita en su obra *De la Jerarquía Celeste* del siglo VI: Serafines, Querubines y Tronos; Dominaciones, Virtudes y Potestades; Principados, Ángeles y Arcángeles. Los tres

primeros dedicados a glorificar, amar y alabar a Dios en su presencia, la segunda jerarquía responsable del universo entero para gobierno del espacio y las estrellas y los tres últimos dedicados al cuidado de los hombres.

Entre todas las cabecillas desdibujadas de ángeles se sitúan de forma bien visible los siete arcángeles que tradicionalmente acompañan a María como digna escolta. Las Sagradas Escrituras citan el nombre de tres: Miguel es mencionado en el capítulo 12 del Apocalipsis, Gabriel en el evangelio de Lucas, y Rafael en el Libro de Tobías. Los nombres de los otros cuatro arcángeles: Uriel, Baraquiél, Jehudiel, Saeltiel no aparecen en la Biblia. Se encuentran en libros apócrifos de Henoc, el cuarto libro de Esdras y en la literatura rabínica.

Sobre las figuras de Joaquín y Ana, a la altura de María aparece el arcángel Gabriel, mirando fijamente al espectador a la vez que extiende los brazos hacia la Virgen en un movimiento de exultación y alabanza. Es el compañero inseparable de María en la Anunciación. La vara de azucenas, símbolo de la pureza de la llena de gracia, y la filacteria, en la que se inscribe la leyenda del saludo evangélico: Ave Gratia Plena.

En la parte superior, vestido con vaporosa túnica azul, el arcángel Jehudiel, cuyo nombre significa “Alabanza de Dios”, considerado el preceptor de Sem, hijo de Noé, es además encargado de combatir el espíritu de la envidia y los celos, y de premiar con la corona de la vida a los que combaten el buen combate de la fe y llegan a la meta final. Recibe por ello el sobrenombre de “remunerador”, y puesto que debe recompensar o castigar, los instrumentos que porta son: en la mano derecha la corona de oro y en la izquierda un pequeño látigo con tres tiras. La corona de la vida es el honor que María ya disfrutaba como reina de todo lo creado.

Debajo, representado con una espada, se encuentra Uriel, “Luz o Fuego de Dios”, el Arcángel puesto a las puertas del Paraíso con su Espada de Fuego, tras la expulsión de Adán y Eva. Por ello ayuda a combatir el espíritu de la ira, del odio y de la impaciencia, poniendo en el corazón las virtudes de la dulzura, benignidad, paciencia y mansedumbre. Aunque a veces aparece representado mostrando su pecho y su corazón envuelto en llamas de ardiente de Caridad, en esta ocasión, vestido con elegante armadura y capa de vivos colores anaranjados, luce en su pecho un medallón con el anagrama de María. Se encuentra en actitud de envainar su espada, diríase que la creación del alma de María Inmaculada anuncia la futura apertura

de la puerta del paraíso, tan celosamente guardada por esa espada.

El siguiente arcángel que aparece en este orden descendente, entre otras figuras menos individualizadas es Baraquiel, cuyo nombre significa “Bendición de Dios”. Dicen que fue el arcángel que iba delante de Moisés y el pueblo de Israel en el desierto con la columna de fuego, por lo que es invocado contra la pereza espiritual, la tibieza y la indiferencia a las Cosas Santas. En la pintura el autor ha suprimido el Libro de las Bendiciones que en ocasiones sostiene y ha preferido caracterizarlo vestido de túnica blanca y azul, con ramilletes de rosas blancas en sus manos como signo de la bendición y gracias que va derramando, y en este caso, además, de las virtudes de la mujer destinada a ser la Madre de Dios.

Descubrimos a Rafael, por el bordón de caminante que porta. Su nombre: “medicina de Dios” es asociado a la milagrosa curación de la ceguera del padre de Tobías, por su intercesión y ayuda. De ahí que con su mano derecha sostenga el recipiente que contendría el corazón y el hígado del pez curativo, imagen de Cristo, cuyo suavísimo olor fue capaz de ahuyentar a todos los demonios que atormentaban a Sara y cuya hiel curó de la ceguera a su padre Tobit. También María será salvación de Dios para el mundo, ya que dará a luz a Cristo, el pez medicinal que nos libraría de la ceguera del pecado.

Junto a Rafael, aunque sin su atributo característico: el incensario, podemos identificar a Sealtiel, “Plegaria a Dios”. Representado con las manos juntas en oración profunda de adoración, expresando así su unión gozosa con Dios. Trabaja contra la intemperancia y todo tipo de gula y excesos, con la virtud de la templanza y de la renuncia. Y además concede un amor de entrega a Dios en clima de Oración, en estado de Gracia, en unión con Dios. El mismo amor que profesará María, la sierva, por su Señor, al que va a concebir.

Tras él unos pequeños ángeles traen volando una cartela barroca adornada por su cornucopia con las letras grabadas: MARIA/DEI... y apenas visible, deducimos pudiera decir GENITRIX. Por último, algo más abajo y ocupando buena parte del lateral derecho a la misma altura que María y Gabriel, aparece el combativo arcángel Miguel, guerrero de las milicias celestiales titulado también Príncipe de los espíritus celestiales.

Vestido con casco y armadura, el nimbo que rodea su cabeza contiene la inscripción que traduce el significado de su nombre, clamor de entusiasmo y fidelidad:

Quis ut Deus?, ¿Quién como Dios?. Despliega sus alas y envuelto por la capa azul celeste de María, combate enérgico contra el enorme dragón, encarnación del mal, que ocupa todo el ángulo de la parte baja de la derecha. Apocalipsis 12 narra la singular batalla que se entabló en el cielo entre Miguel y sus ángeles y el dragón con sus ángeles también, de quienes dice “combatieron pero no prevalecieron y no hubo ya en cielo lugar para ellos. Y fue arrojado el gran Dragón, la serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero.” La lucha ha quedado reducida a los dos protagonistas.

Con veloz movimiento, Miguel traspasa con su lanza la garganta abierta de la bestia, provocando una llamarada de fuego que iniciará el trazo de flamíferas letras con las palabras del Génesis: “ypsa conteret caput suum” “ella quebrantará su cabeza”, extraídas de la profecía que Yahvé pronunció sobre Eva y la serpiente, calificada como el Protoevangelio, por ser el primer anuncio de la Buena Noticia: la victoria sobre el mal y la salvación definitiva. María es la mujer destinada a pisar la cabeza de la serpiente y Miguel, su fiel guerrero lleno de fortaleza, colabora en esta misión decisiva. En la oscuridad del reino de las tinieblas el leviatán sucumbe bajo la imagen portentosa de la Inmaculada que se alza sobre un altar compuesto por cabezas de querubines, ramos de azucenas y la cartela con las letras capitales: MARÍA MATER DEI.

Envuelta en una luz dorada construida a base de pinceladas fluidas del más puro barroco, la composición nos transporta a un espacio celeste donde tienen lugar los misterios divinos. María es honrada y venerada en esta compleja pintura de sutiles referencias teológicas a la vez que de magistral técnica pictórica. Ella es el centro de todo un universo palpitante de figuras terrestres y celestes que se conmueven ante su presencia para glorificar y exaltar a la Mujer nueva, la toda santa, purísima y perfectamente redimida.

La Mujer, la llena de gracia, viene a nuestro encuentro en este mes de diciembre para derramar un bálsamo de gracia en nuestros corazones. No estamos solas, los ángeles y arcángeles también nos ayudarán a arrancar rencores, y malos pensamientos, a pisar la cabeza del dragón que nos angustia y somete, a recuperar la pureza y la luz para brillar en nuestras familias y ser verdadero hogar.

Pilar Gordillo